

# CHARLA

## Costumbres Dañosas

*Avance  
Mayo 8/37*

**L**A costumbre del juego, cuando se practica sin un interés material, es inofensiva y tan sólo sirve para distraer las largas horas del aburrimiento que suelen sufrir muchos matrimonios cuya vida «no tiene objeto aparente». Esos matrimonios que aún siendo jóvenes padecen ya del mal incurable del tedio, como un sarcasmo a la propia naturaleza conyugal.

Es en esta gente, en modo especialísimo, que la costumbre de pasar muchas horas frente a una mesa de juego ha sentado en ella sus reales.

Se comienza por la visita de un matrimonio a otro y se improvisa, en el curso de la conversación, mejor dicho cuando ya están agotados todos los temas, una partidita de naipes. En esta forma se «mata el tiempo» y se vive...

Pero suele suceder que lo que se toma al principio por un mero pasatiempo se va transformando poco a poco hasta convertirse en «juego por interés», en toda regla.

En efecto; el hecho de pasar casi noches enteras, hasta amanecerse, sin sacar ninguna «substancia a ese sacrificio», tienta e induce a los noveles jugadores a jugar por algún interés, para que tenga más «realidad» la partida; este interés no es otro, como es lógico suponerlo, que el del dinero.

Así se da comienzo a una larga serie de partidas que terminan siempre «desplumando» a una de las partes contendientes. Y en esta forma también se llega a adquirir la pernicioso y funesta pasión del juego, que no sólo saquea los bienes materiales, sino que daña el alma, pervirtiéndola para siempre.

Las consecuencias no pueden ser más desagradables, especialmente en lo que se refiere a las mujeres, pues ellas, muchas veces, no contentas con las tenidas en unión de los maridos, se juntan a jugar también mientras aquéllos se hallan en el trabajo, y se despluman a su gusto.

Poco a poco las tareas domésticas, descuidadas en esta forma, o no vigiladas como es debido, se resienten de esa falta de atención, y el hogar que antes fué un dechado de limpieza y buen gusto, se convierte en una sombra, en un remedo ridículo de lo que antes fuera.

Más, como la pasión del juego tiene las características de un líquido corrosivo que se va agrandando paulatinamente y destruyendo todo a su paso, estas criaturas de Dios, que hasta entonces parecían destinadas a las virtudes hogareñas, extienden al círculo de su acción e invitan a nuevas amigas, a las que inducen también a jugar y a las que despluman concienzudamente, para provocar en ellas la reacción, esto es, el deseo de desquitarse y recuperar lo perdido.

Así generaliza un vicio dañoso en extremo, que comenzó en mero pasatiempo.

Desde luego que esta no es la regla general, que hay numerosas excepciones y que en principio nada tiene de censurable que dos o tres matrimonios se reúnan después de la cena a jugar su acostumbrada partidita de naipes.

Si todas las personas incluídas en esta salvedad supieran mantenerse siempre dentro de los límites de lo lógico, lo humano y lo aceptable, no habría que lamentar el recrudecimiento de uno de los males más terribles que aquejan a la humanidad.

Efectivamente, con la pasión del juego, cuando ya se han perdido todos los bienes materiales y no hay nada más de que echar mano, se comienza por las claudicaciones morales, que son mucho más vergonzantes y terribles que las otras. Ese plano inclinado por el que se desliza la dignidad humana sólo conduce al abismo, y ¡a qué abismo! No se sale más de él, porque aquellos que han perdido el decoro y han hecho de él un motivo para seguir manteniendo el vicio del juego, no lo recuperan de nuevo.

Las pérdidas materiales pueden resarcirse, pero nunca, jamás, las espirituales.

No hagamos, pues, de un simple pasatiempo «para combatir el aburrimiento», una peligrosa pasión, peligrosa para nuestros intereses y, lo que es aún peor, para nuestra dignidad.

